
9-8-2020

De pandemias, racismos y xenofobias: la crisis de la democracia

Juan Antonio García Galindo

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

García Galindo, Juan Antonio. 2020. De pandemias, racismos y xenofobias: la crisis de la democracia. *Revista Surco Sur*, Vol. 10: Iss. 13, 40-42.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.10.13.14>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol10/iss13/16>

This CRITERIO ATENTO is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Juan Antonio García Galindo

DE PANDEMIAS, RACISMOS Y XENOFOBIAS: LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

El mundo occidental, sobre todo, anda muy pendiente de la situación por la que atraviesa el gran amigo americano. Como nunca antes en su historia asistimos con gran preocupación a los graves acontecimientos que se están produciendo en Estados Unidos. Es verdad que el mundo se encuentra ante un panorama incierto y lleno de dificultades, que es resultado de la nueva geopolítica internacional y que es anterior a la actual crisis sanitaria y económica provocada por la pandemia de la Covid-19. La política autárquica pretendida por el nuevo inquilino de la Casa Blanca desde los inicios de su mandato, el "Americafirst", que parecía responder a la necesidad de proteger la economía norteamericana frente a la guerra comercial con China, se ha convertido en la excusa para el enriquecimiento sin límites de las elites económicas, y ha abierto una brecha sin precedentes con la mayoría de la población, provocando la pauperización progresiva de las clases trabajadoras y de la población inmigrante, y la crisis incluso de las clases medias norteamericanas que han visto perder capacidad adquisitiva.

La desacertada política económica de Donald Trump, que condena al ostracismo a una gran parte de la población, y su pérdida de credibilidad en el escenario internacional, muestran claros signos de decadencia en el gigante americano. La multipolaridad actual de la geopolítica mundial, frente al mundo bipolar que nació tras la Segunda Guerra Mundial, con la aparición en la escena de China, Rusia, Reino Unido y la Unión Europea, entre otros actores, configura un escenario de gran complejidad a la hora de encontrar el equilibrio político internacional necesario para que la humanidad afronte el futuro con esperanza y en paz.

La actual pandemia viene a sumarse a esta situación de inestabilidad general, profundizando aún más en las heridas de los países más afectados. Sus efectos en EEUU son considerables, siendo el país con mayor número de contagios y de fallecimientos de todo el mundo, que está afectando, sobre todo, a la población más vulnerable. Aunque no hay raza, ni grupo económico, ni de edad, que se libre de esta lacra sanitaria. Esta acumulación de factores, y las dificultades reales para salir de la actual situación, sin medidas que ofrezcan una esperanza clara a la sociedad en su conjunto,



Protestas en Alabama, foto cortesía de José A. Betancourt



está minando las bases del propio sistema democrático, y está favoreciendo la reaparición de numerosos radicalismos y de voces contrarias a los derechos humanos que tanto costó conquistar. Este fenómeno se ha trasladado desde el sistema político al sistema mediático, a modo de vasos comunicantes. El periodismo que debe estar al servicio de la democracia en los países occidentales contribuye a veces a socavar los cimientos de la misma por razones que son difíciles de entender. Lejos queda el periodismo de investigación norteamericano que, con *The Washington Post* y *The New York Times* a la cabeza, fueron un ejemplo de periodismo de calidad y de defensa de los valores democráticos. Lejos quedan coberturas informativas como las del caso Watergate que, entre 1972 y 1974, provocaron la caída de Nixon, detrás de las cuales estaban los periodistas Bob Woodward y Carl Bernstein. "La libertad de palabra es siempre síntoma, así como el efecto, del buen gobierno", había escrito, en los albores del estado americano, Benjamín Franklin, el gran filántropo y prócer de los Estados Unidos, redactor de la Declaración de Independencia.

La crisis del sistema político parece afectar a todas las instituciones del estado en las democracias occidentales, y también en EEUU. Este país, que ha abanderado desde su creación la defensa de los derechos humanos y de las libertades públicas, ha entrado como otros países democráticos en una situación general de falta de confianza en el propio sistema, que no parece dar respuesta eficaz a los retos, problemas y desafíos del mundo actual. La crispación política, el recurso continuado al bulo y a la mentira, la incapacidad de los medios tradicionales para defender los valores democráticos y devolver la confianza a los ciudadanos en el sistema político, etc., han provocado junto al resto de factores la explosión de conductas racistas, que no habían sido superadas. El racismo que vemos hoy en las calles de EEUU es una consecuencia clara de que la democracia ha sobrevivido basándose en la defensa formal de la igualdad de los ciudadanos, pero no en el ejercicio igualitario en las prácticas diarias ciudadanas. La democracia americana ha sido incapaz de asumir, pese a ser una población históricamente de aluvión, que es un país donde deben coexistir en paz y en igualdad de derechos todas las poblaciones que lo componen, y donde no ha lugar a las diferencias de raza, de religión, o de origen económico. Precisamente, los valores que tradicionalmente ha defendido siempre el pueblo norteamericano, ahora puestos en entredicho por la realidad de los hechos. Esta es una gran contradicción que debe ser resuelta con medidas contundentes que persigan los delitos de odio, pues el odio está en la base de la represión y de la confrontación. De lo contrario, el futuro de la democracia americana está en juego. La libertad y la igualdad, como ya pusiera de manifiesto Alexis de Tocqueville en el siglo XIX, son dos condiciones básicas del estado democrático, aunque dependerá de los ciudadanos, y de las normas de las que se doten, que ambas coexistan y se apliquen de forma justa.

Pero la situación se agrava cuando comprobamos que determinados movimientos ciudadanos reaccionan sin un propósito claro y acaban ocultando, quizás sin querer, las verdaderas causas del racismo y la xenofobia existentes, distrayendo a la opinión pública de los problemas centrales. El surgimiento, como consecuencia de un relato poco coherente, de un movimiento que ataca los

símbolos del pasado sin que haya una lectura contextualizada del mismo, y que descarga en estos actos la rabia contenida por una situación de injusticia que más tiene que ver con el presente que con el pasado, es una muestra de que la inquietud y la preocupación social es muy grande. El movimiento afroestadounidense *Black Lives Matter* se ha extendido a otros países donde se han destruido imágenes de personajes históricos de todas las épocas responsables del genocidio indígena, pero apenas se han atribuido responsabilidades históricas a los responsables del exterminio indígena en la América anglosajona. La retirada del catálogo de HBO de la película "Lo que el viento se llevó" (Victor Fleming, 1939), por sus connotaciones racistas, para ser recuperada posteriormente debidamente contextualizada puede ser un ejemplo a seguir para no renunciar a esta obra maestra del cine histórico y hacerlo a partir de ahora de un modo didáctico. ¿Qué debería ocurrir entonces con toda la filmografía americana sobre la conquista del *Far West*?

El caso de George Floyd es desgraciadamente uno más en la lista de víctimas de la violencia institucionalizada, pero ha sido el detonante para que la situación vuelva a explotar socialmente: la historia de marginación y de exclusión de la población de color en la construcción del estado

norteamericano, que muchos creíamos que empezaba a desaparecer con el gobierno Obama; y la xenofobia hacia la población inmigrante latinoamericana, y hacia todo lo que ésta representa, que ha identificado también lo español como sinónimo de explotación y de genocidio, con la mirada acusadora de un pasado que, sin embargo, deberíamos conocer mejor y del que deberíamos extraer las enseñanzas necesarias para la convivencia pacífica entre los pueblos. Los últimos atentados a las estatuas representativas de ese pasado español en América (Colón, Fray Junípero Serra, etc.), son una muestra de que la leyenda negra sigue siendo fomentada por intereses propagandísticos en el mundo anglosajón y latinoamericano, como sostienen los controvertidos historiadores Elisa Roca Barea o Alberto G. Ibáñez.



Foto tomada de Urrisioñi. com

El racismo, la xenofobia, el negacionismo científico, la censura y la falsedad informativa, la manipulación de la historia, la fragilidad de las instituciones políticas, etc., son en suma síntomas de la debilidad de las democracias. En esta época de pandemia, la incertidumbre se cierne aún más sobre los individuos, que necesitan certezas y políticos con credibilidad. En 1995, el político español Miquel Roca escribía que debíamos repensar la democracia, pero que esa tarea deberían hacerla los demócratas, porque no se debía dejar en manos de aquellos que, de la crisis de la democracia, "lo que quieren extraer es la recuperación de instintos totalitarios, incompatibles con el progreso y la libertad" (*El País*, 28.09.1995).

Confío, sin embargo, en el futuro de los pueblos, y creo que las democracias occidentales deben aprovechar la crisis actual como oportunidad para repensar y profundizar en el sistema democrático, consolidando sus instituciones y haciendo valer los derechos humanos por encima de otros intereses. El papel que Estados Unidos y la Unión Europea, junto al resto de las democracias actuales, pueden desempeñar en la refundación de la propia democracia debe ser, pese a las dificultades nacionales e internacionales actuales, uno de los objetivos inaplazables del siglo XXI, y que sus efectos benéficos puedan revertir sobre el conjunto de las naciones. Y, por supuesto, sobre los ciudadanos. Nunca ha dejado de estar vigente el pensamiento de María Zambrano, su claridad y lucidez siguen arrojando luz sobre los grandes problemas de la sociedad. Cuando la pensadora española afirma que la democracia "es la sociedad en la cual no solo es permitido, sino exigido, el ser persona" (*Persona y democracia*, 1958), está situando al individuo como fundamento mismo de la democracia. Ojalá, reemprendamos ese camino.